

Karol Sokołowski

El milagro en la teología contemporánea

Studia Ełckie 14, 429-451

2012

Artykuł został opracowany do udostępnienia w internecie przez Muzeum Historii Polski w ramach prac podejmowanych na rzecz zapewnienia otwartego, powszechnego i trwałego dostępu do polskiego dorobku naukowego i kulturalnego. Artykuł jest umieszczony w kolekcji cyfrowej bazhum.muzhp.pl, gromadzącej zawartość polskich czasopism humanistycznych i społecznych.

Tekst jest udostępniony do wykorzystania w ramach dozwolonego użytku.

EL MILAGRO EN LA TEOLOGÍA CONTEMPORÁNEA

En primer lugar, tenemos que dar una definición sobre milagro. El milagro es un hecho sobrenatural: procede de una intervención especial de Dios, y esa acción divina sólo puede ser reconocida con los ojos de la fe. La ciencia suspende su juicio ante lo inusitado de el prodigio; la fe, en cambio, es capaz de resolver el enigma, descubriendo su dimensión trascendente y la pluralidad de sus significaciones. Aunque el historiador esté personalmente dispuesto a admitir la posibilidad y la realidad de una intervención especial de Dios, no podría afirmarla de hecho en un caso particular – como en el de los milagros de Jesús – sin realizar una opción que lo llevaría más allá de los límites que le impone el método histórico-crítico.

Esto no quiere decir, sin embargo, que la historia no tenga nada que aportar en esta cuestión. Los evangelios, en efecto, son textos kerigmáticos, pero el kerigma cristiano hunde sus raíces en la historia – en la vida, muerte y resurrección de Jesús de Nazaret – y el problema consiste en determinar si los milagros pertenecen o no a esa historia.

El milagro, en la acepción cristiana del término, no debe ser considerado únicamente desde un punto de vista físico o metafísico, ni puede ser definido simplemente como la intervención especial de Dios en los acontecimientos de este mundo¹. Entonces tenemos que preguntar: ¿Es posible identificar a Jesús como realidad histórica? ¿Responden Jesús y su mensaje a la cuestión radical sobre el sentido de la existencia humana? ¿Es posible identificar a Jesús como Dios-entre-nosotros? Responder a la última de estas cuestiones es enfrentarse con la cuestión de los signos que revelan y acreditan a Jesús como Hijo del Padre. El Vaticano II pasa con toda decisión de una perspectiva de objeto a una perspectiva de persona. Lo mismo que personaliza la revelación, el Concilio personaliza también la presentación de los signos. Estos no son piezas separadas que acompañen al mensaje de Cristo al estilo de un pasaporte o de una firma notarial sobre un papel para garantizar su autenticidad. Al contrario, Cristo es la plenitud de la revelación, el Dios revelador; es en persona el signo de la autenticidad de su propia revelación².

* Ks. Mgr Karol Sokolowski – Doktorant na Wydziale Teologicznym Uniwersytetu Warmińsko-Mazurskiego w Olsztynie; e-mail: sokolk1@o2.pl

¹ Cfr. R. Latourelle, *Miracles et teologie du miracle*, Montreal-Paris 1986, p. 342-344.

² Cfr. DV 4.

Los milagros son inseparables de Cristo, que es su fuente, inseparables de una salvación que afecta al hombre entero y al mundo que él habita, inseparables de la revelación de la conversión y del Reino, del que son la cara visible y el testimonio, inseparables de la revelación de la que forman parte integrante junto con las palabras³.

El milagro es la huella visible de un cambio operado en el corazón del hombre. El milagro y la conversión, el milagro y la salvación, el milagro y la santidad, son inseparables.

En este artículo vamos a analizar y valorar los estudios realizados por autores católicos de los últimos decenios sobre el milagro, tanto en el campo dogmático como en los estudios bíblicos.

Voces de diccionario

El milagro se presenta como una intervención libre de Dios dentro de la creación y en el hombre, para expresar la victoria sobre mal y la llamada a la participación en su Reino. Hay que entender el milagro como una llamada a la fe. Latourelle subraya que todos los relatos de milagros presentes en los Evangelios se caracterizan por una intención teológica del Evangelista, que quiere expresar un aspecto de la personalidad de Jesús.

Teológicamente, el objetivo del milagro es ante todo mostrar el amor y la misericordia de Dios. Por eso el milagro, según Latourelle, anticipa la situación del futuro escatológico, donde no habrá enfermedad, ni sufrimiento, ni muerte, sino la fe viva. El milagro es reconocido por el hombre de fe, porque percibe que su oración ha sido escuchada y que se ha hecho evidente la bondad misericordiosa de Dios. El milagro, incluso para la fe, sigue siendo un acontecimiento extraordinario, mediante el cual Dios da un signo de su revelación⁴.

Lo que hoy parece caracterizar a la teología del milagro es la preocupación por relacionarlos con la persona de Cristo.

Hay que subrayar el aspecto gratuito que tiene el milagro en la salvación. R. Fisichella dice que Cristo y el milagro pertenecen al mismo acontecimiento y que son indivisibles. Quien acepta los milagros de Jesús, acepta también su persona y quien los niega, repele también a Cristo. La aceptación de Cristo y de sus milagros como realidades históricas supone una serie de disposiciones, actitudes y posibilidades interiores, que podemos resumir en una palabra: *precomprensión*. Si queremos entender necesitamos una cierta predisposición a comprender. Religión y milagros son una misma cosa. Cristo es el milagro por exce-

³ Cfr. DV 2 y 4.

⁴ Cfr. R. Fisichella, *Milagro*, en.: L. Pacomio, *Diccionario teológico interdisciplinar*, III, Salamanca 1982, p. 634-635.

lencia. Acoger los signos es acoger a Jesús y entrar por los caminos de la conversión⁵.

El milagro se parece, como la revelación, a una invitación dirigida al hombre en las profundidades de su ser, en ese nivel de interioridad donde el hombre está abierto a Dios y a su eventual manifestación en la historia y en el mundo. El milagro supone que el hombre reconoce lealmente la finitud de su existencia. El milagro se sitúa en el contexto de las relaciones interpersonales entre Dios y su pueblo. Dios ama a su pueblo y se revela por medio de signos y palabras. Estos signos y palabras son para el pueblo como un poder. De este poder viene su liberación, su salvación, y puede existir como pueblo, con una tierra, una ley y un culto.

Para los Israelitas, hablar sobre Dios es lo mismo que hablar de su poder de salvación. Ahora bien, si en Jesucristo se revela el poder de Dios y cómo Dios cura, vivifica, salva, también ocurre lo mismo en Cristo. Cristo viene a salvar, y ¿cómo es posible, sino a través del signo, y del poder de Dios? Cristo anuncia la llegada del reino de Dios, pero lo hace realizando los signos del reino: predicación, exorcismos y curaciones. Por eso anuncia la salvación con su palabra y con sus obras. Para entender el milagro es esencial tener en cuenta esa unidad indisoluble entre palabra y acontecimiento en la revelación de la salvación⁶.

Los milagros son signos de que el reino de Dios ha llegado finalmente. La gente queda curada de sus enfermedades, liberados del pecado⁷.

Fisichella escribe sobre los criterios externos, que no son tan importantes como los criterios internos. He aquí algunos de ellos:

- el criterio del *testimonio múltiple*: el hecho de los milagros de Jesús se afirma en casi todas las fuentes que poseemos (Q, Lc, Mt, Jn, Hch, Heb, la tradición talmúdica, los apócrifos y también en las formas literarias más diversas: sumarios, discursos, controversias)

- el criterio de *discontinuidad*: ayuda a establecer la autenticidad de un dato evangélico (las obras de Jesús contrastan con la conducta de los profetas y los apóstoles, pero también Jesús da a sus milagros un sentido que contrasta con la mentalidad judía de la época⁸).

- el criterio de *conformidad*: un hecho de Jesús será auténtico por coherencia: la venida y la instauración del reino mesiánico. Los milagros son inseparables del tema del reino. Hay que decir que son *signos y parte integrante*

⁵ Cfr. R. Fisichella, *Milagro...*, o.c., p. 634-635

⁶ *Ibid.*, p. 1068-1069.

⁷ Cfr. R. Latourelle, *Milagro*. en.: G. Barbaglio, S. Dianich, *Nuevo diccionario de teología II*, Madrid 1982, p. 1068.

⁸ p.ej. Mc 1, 40-45.

del reino. Los milagros de Jesús son como una llamada de Dios a la conversión y a la penitencia⁹.

- el criterio de *explicación necesaria*: es una aplicación del principio de razón suficiente al caso de los evangelios. En el caso de los milagros tenemos una docena de hechos irrefutables que requieren una explicación: la exaltación popular ante la aparición de Jesús, la fe de los apóstoles en su mesianidad, el espacio que ocupan los milagros en la tradición sinóptica y joánica, el odio de los sumos sacerdotes, y también el nexo constante entre los milagros y el anuncio sobre la venida del Reino, y la relación entre la aspiración de Jesús como Hijo de Dios y los milagros como señal de su misión¹⁰.

Latourelle define el milagro como *un prodigio religioso que expresa, en el orden cósmico, una intervención especial y gratuita de Dios, del poder y del amor, el cual envía a los hombres un signo de la venida al mundo de su palabra de salvación*¹¹.

Para entender bien esta definición hay que explicar algunos elementos de ella. El milagro es un prodigio, un fenómeno insólito que trastorna un orden normal, natural de las cosas. El milagro es un prodigio religioso o sacro. Por contexto religioso entendemos una serie de circunstancias que confieren al prodigio estructura, al menos en apariencia, de signo divino¹². El milagro solo tiene sentido en su relación a Cristo, junto con su obra y la Iglesia, que perpetúa su presencia a través de los siglos. Fuera de este contexto sería un absurdo. El milagro es una intervención especial y gratuita de Dios. Es obra de Dios, del amor que salva al hombre y al universo. Latourelle subraya que el milagro está siempre en relación con el acontecimiento salvífico y con la revelación¹³.

Se deriva también del Vaticano II una doble función del milagro: la de revelar y la de testimoniar. Por eso podemos decir que los milagros, igual que las palabras de Jesús, expresan y traen la revelación. Son también obras marcadas por el poder de Dios. En ellas Dios se revela, Cristo manifiesta su poder y por una sola palabra puede curar, arrojar los demonios y resucitar muertos. Son manifestaciones de su amor activo y pasivo. El milagro tiene la función principal de garantizar la misión divina de Jesús. Hay que decir que son signos, pero también son obras del Hijo, obras comunes del Padre y del Hijo.

Entonces, si son obras comunes del Padre y del Hijo, nos introducen en el misterio de la vida trinitaria. El milagro es el signo prefigurativo de la transformación de los cuerpos: signo de la liberación y de glorificación de los cuerpos.

⁹ Cfr. Mt 11,20-24; Lc 10, 12-15.

¹⁰ Cfr. Barbaglio, Dianich, *Nuevo diccionario...*, o.c. p. 1066-1070.

¹¹ *Ibid.*, p. 1070-1072.

¹² p.ej.: un milagro que se produce como efecto de una oración humilde y confiada; el milagro que que acompaña a una vida santa y de unión con Dios. Cfr. *Ibid.*

¹³ Cfr. Barbaglio, Dianich, *Nuevo diccionario...*, o.c., p. 1073.

El cuerpo de Cristo resucitado y glorificado es la anticipación visible del destino final del hombre, del hombre llamado a la comunión de vida con Dios.

El milagro tiene por función significar la presencia y la proximidad benéfica de Dios, y de disponer al alma a la escucha de la buena nueva. El milagro tiene una función reveladora, trae al mundo revelación. El Evangelio anuncia que Cristo ha venido a liberar, purificar, vivificar y salvar al hombre. Los milagros son un elemento del reino, una realidad que cambia la condición humana. Por sus señales y milagros, Cristo destruye el reino de Satanás e instaura el Reino de Dios. Es decir, la palabra de salvación como la palabra eficaz del Dios viviente.

Hay que añadir que el milagro tiene una función de testificación o jurídica. En el milagro se ve la omnipotencia de Dios. Este testimonio tiene por objeto la afirmación de Cristo, Cristo como Hijo del Padre, y confirma la autenticidad divina del Evangelio que proclama. La tradición de los relatos bíblicos de milagros se desarrolla en principio sin una reflexión especial y en el esquema de promesa y cumplimiento como demostración de la mesianidad de Jesús¹⁴.

No podemos olvidar que todos los milagros son pruebas de la mesianidad de Jesús¹⁵, son como una prueba de la acción de Dios en el mundo. La tradición de los relatos bíblicos nos explica los milagros como una llamada a la conversión. Como actos divinos, sirven para conocer a Dios a partir de las cosas visibles. El hombre necesita la luz de la fe para estar seguro. El milagro nos ayuda a profundizar nuestra fe, pero necesitamos la fe para recibir el milagro¹⁶.

En términos positivos, el milagro está destinado a la salvación del hombre. El milagro visibiliza esta restauración total. Cristo expulsa verdaderamente a los demonios, cura de verdad, resucita de verdad, porque salva verdaderamente al hombre. Los milagros tienen una conexión con la conversión, que introduce el reino¹⁷. Donde está Cristo, allí actúa la fuerza de la salvación y todo lo que era anunciado por los profetas: triunfo sobre la enfermedad y de la muerte. El reino está ya activo y presente. Para que los hombres comprendan que el mundo nuevo está en el corazón del mundo antiguo. Cristo por su persona y sus obras, visibiliza la salvación total que anuncia¹⁸.

La idea de una intervención de Dios dentro de la regularidad cósmica le resulta a Ullrich sumamente incongruente, incluso imposible. Quien lee los evangelios y sus relatos posee ya sus principios y su concepción del mundo; ésta ya escéptica, hostil o receptiva; y el lector está ya dispuesto a admitir

¹⁴ Cfr. *Ibid.*, p.1074-1076.

¹⁵ Cfr. Mt. 8,17.

¹⁶ *Tu fe te ha salvado* (Mc 5,14).

¹⁷ Cfr. Barbaglio, Dianich, *Nuevo diccionario...*, o.c., p. 1068.

¹⁸ *Ibid.*, p. 1068-1070.

o a rechazar una intervención de Dios en la historia. A este respecto, todos – creyentes y no creyentes – tienen una determinada precomprensión del mundo, tienen ciertas exigencias críticas que pueden y deben definir¹⁹. El universo material encuentra su inteligibilidad en la sujeción habitual a las leyes del cosmos. Pero hay que recordar que la totalidad de lo real no es unidimensional, no se reduce al mundo material y sus leyes. Nos encontramos-como habla el autor-ante una jerarquía de órdenes subordinados los unos a los otros: el orden del pensamiento y del arte y su creatividad, el de la vida moral y religiosa y su libertad. El milagro, según el autor, libera al universo físico de los límites en que lo encierran sus propias leyes, para integrarlo en el orden superior de la salvación. También es inteligible que el universo físico alcance su sentido habitual en el determinismo de sus leyes, pero no es menos comprensible que Dios a través de Jesús manifieste, con su iniciativa en la historia y en el cosmos, la iniciativa de la salvación.

Dios invita al hombre a una comunidad con Él. Hay que ver el milagro como una “intrusión” entre los hombres y la transformación final de todo. Por eso el milagro nos muestra una anticipación del orden escatológico y obliga al hombre a preguntarse por el sentido último de la historia y del cosmos. Hay que entender el milagro como predicación efectiva, donde se abre paso de una manera física, corporal y mundana el reinado de Dios. Dios se revela como mediador escatológico de la salvación²⁰.

Si es verdad que Cristo, Verbo encarnado, es la cima y el término de la salvación, el milagro se presenta como una intervención de Dios situada entre la creación y la transformación de todo y de todos en Jesucristo. Los milagros de Jesús nos orientan hacia la revelación de su persona. Si Jesús es el único que trae el reino y la salvación escatológica, la razón última de ello está en el misterio de su persona²¹.

Cristo es la plenitud de la revelación y es en persona el signo de la autenticidad de su propia revelación. Es decir, el signo que manifiesta a Dios por su irrupción en la historia, su carne y su lenguaje, y al mismo tiempo el signo, que se expresa como Dios entre nosotros: *Por toda su presencia y por la manifestación que hace de sí mismo, por sus palabras y sus obras, por sus signos y sus milagros..., le da a la revelación su pleno acabamiento y la confirmación de un testimonio divino que atestigua que Dios mismo está con nosotros (DV 4)*. Una auténtica teología de los signos tiene que centrarse en los signos fundamentales que contienen a todos los demás, a saber: Cristo y la Iglesia²².

¹⁹ Cfr. Ullrich, *Milagro*, en: W. Beinert, *Diccionario de teología dogmática*, Barcelona 1990, p. 445-446.

²⁰ Cfr. ULLRICH, *Milagro...*, op. cit., p. 445-446.

²¹ *Ibid.*, p. 447.

²² Cfr. *Ibid.*, p. 445-446.

Hemos visto cómo R. Fisichella define el milagro y lo caracteriza. Otro autor, R. Latourelle, nos da no sólo una definición del milagro, sino que presenta los criterios para entenderlo: el criterio del testimonio múltiple, de discontinuidad, conformidad y el criterio de explicación necesaria. El autor define el milagro como *un prodigio religioso* y nos explica qué entiende por eso, analizando toda la definición palabra por palabra, y también analizando su función. Ullrich en *Nuevo diccionario de teología*, nos presenta el milagro como instrumento de la revelación y algo que profundiza la fe, y acorta el camino entre Dios y los hombres. A través del milagro, Cristo se revela como Dios y nos muestra su omnipotencia.

Estos autores presentan una clasificación de los milagros tal como podemos encontrarlos en la Biblia. Son los exorcismos, las curaciones, los milagros de legitimación y de salvamento, y los relatos de resurrección.

Los exorcismos

Para Jesús, la liberación es tan importante como la curación de los enfermos. Jesús libera, lo cual significa la venida del Reino de Dios. Hay que subrayar que es difícil observar la diferencia entre curación y exorcismo. Por eso la palabra *exorcismo* está reservada para donde el demonio es el antagonista del taumaturgo. Siempre podemos observar unas características:

- el poseso se encuentra en un estado de alienación; ha perdido la facultad personal de decidir.
- el taumaturgo tiene como antagonista no al poseso, que es tan sólo la víctima, el terreno de combate, sino al demonio en persona.
- Cristo se las tiene que ver con esa potencia personal y tenebrosa, Satanás, cuyo reino ha venido destruir²³.

Las curaciones

Las curaciones guardan también relación con el reino, pero no tan directamente como los exorcismos. Aquí la fe representa un papel de mediación respecto a la fuerza del reino que se ejerce en Jesús. En el caso de los posesos, que están alienados y son pasivos, es imposible pedirles la fe. No ocurre lo mismo en el caso de los enfermos, en quienes la relación inmediata con la persona de Jesús se lleva a cabo mediante la fe. Latourelle subraya tres expresiones de esta fe: fe en el poder de curación de Jesús; aclamación de fe que sigue al milagro, fe que se identifica con la conversión pedida por Jesús como respuesta a sus milagros²⁴.

²³ R. Latourelle, *Milagro* en: R. Latourelle, R. Fisichella, S. Pie-Ninot, *Diccionario de teología fundamental*, Madrid 1992, p. 943-944.

²⁴ Cfr. *Ibid.*, p.944.

Las curaciones y los exorcismos son signos que muestran que el Reino de Dios ya ha venido y que el Reino de Satanás queda destruido²⁵.

Milagros de legitimación

Estos milagros constituyen una justificación del comportamiento de Jesús y al mismo tiempo una crítica de cierta mentalidad farisaica, incapaz de superar la letra de las prescripciones jurídicas. Los relatos de curación tienen carácter de controversia²⁶. Todas estas curaciones tienen la finalidad de justificar el comportamiento misericordioso de Jesús frente a las estrecheces humanas y el legalismo de los fariseos²⁷.

Milagros de salvamento y milagros dones

En estos dos tipos, hay que subrayar que la iniciativa procede de Jesús²⁸. Los milagros de salvamento se producen en una situación más dramática. Además de su aspecto cristológico, estos milagros tienen carácter eclesial. Jesús guarda con sus bienes y dones a su pequeño rebaño contra toda tempestad. Estos milagros muestran a la nueva comunidad de salvación reunida en torno a Jesús²⁹.

Relatos de resurrección

Latourelle dice que hay muchos que prefieren hablar de *reanimaciones* más que de resurrecciones³⁰. Los que hablan de reanimación más que de resurrección están evidentemente preocupados por evitar cierto número de ambigüedades. En los relatos evangélicos no se trata evidentemente de resurrección gloriosa, como la de Jesús; ni de un retorno definitivo a la vida, sino de una vida que emprende de nuevo su curso normal y que acabará con una muerte total y definitiva. En todos los relatos evangélicos hay una convicción común: se considera imposible un retorno a la vida. Para Jesús, las resurrecciones son signos de la venida del reino³¹.

En la intención de los evangelistas, los milagros manifiestan el poder de Jesús sobre la muerte, así como sobre la enfermedad y también sobre el pecado.

²⁵ Cfr. Lc 7,22; Mt 12,28

²⁶ Cfr Mt 12,14; Lc 14,1-6; Mc 1,40-45.

²⁷ Cfr. Latourelle, *Milagro* en.: R. Latourelle, R. Fisichella, S. Pie-Ninot, *Diccionario...*, o.c., p. 944.

²⁸ Cfr. Mc 6,36; Jn 2,3; Lc 5,5

²⁹ Cfr. R. Latourelle, *Milagro*, en.: R. Latourelle, R. Fisichella, S. Pie-Ninot, *Diccionario...*, o.c., p. 944.

³⁰ p. ej., X. Leon-Dufour, G. Theissen.

³¹ Cfr. Lc 7,22

Los milagros de resurrección tienen una finalidad para Jesús y los evangelistas: representan una forma única del poder de Jesús³².

El milagro como criterio definitivo de la revelación

El milagro es también un hecho extraordinario, que no sigue el curso ordinario de las leyes naturales³³. Lang explica que el milagro, como hecho apologetico, no puede explicarse por ninguna de las causas creadas, físicas o espirituales³⁴.

Dios es el Autor del milagro. Podemos llamar a algunos acontecimientos milagros, sólo cuando el autor es el mismo Dios. El milagro descende sobre el mundo desde lo alto. Se alcanza la certeza más firme de que un hecho ha sido causado inmediatamente por Dios, cuando el mismo hecho supera, no sólo las posibilidades de toda naturaleza creada, sino también las fuerzas de *los espíritus ultramundanos*. Hablamos entonces de milagros absolutos³⁵.

Hay muchos hechos que no podemos explicar por las causas naturales, pero tampoco se excluye la posibilidad de haber sido realizados por espíritus desconocidos para nosotros. Entonces nuestro pensamiento pasa a los ángeles buenos o a los demonios. Si son obra de los ángeles buenos, también hay que entenderlas como signos y manifestaciones de Dios. Dios no es autor físico sino moral. Los milagros son entonces llamados relativos³⁶.

También hay otra dificultad. A veces los hombres religiosos llaman *milagros* a hechos que parecen venir de la mano de Dios. Son efectos de su providencia. En estas acciones hay que apreciar la acción bondadosa de Dios, acción generosa, solícita y bienhechora. Estos milagros pueden llamarse religiosos³⁷.

Los milagros se realizan en diversos ámbitos y por eso son: físicos: su contenido procede del mundo físico, p. ej.: curaciones, resurrecciones, cuando se realizan fuera de las causas naturales; intelectuales: que se producen cuando el hombre muestra unos conocimientos o una capacidad intelectual que superan todas las posibilidades del entendimiento humano: la penetración de los corazones, sabiduría sobrehumana; morales: que tienen carácter inexplicable para las fuerzas de la voluntad humana libre³⁸.

Lang nos muestra los milagros en diversos ámbitos, pero también por su relación con las leyes naturales. Hay para él tres tipos de milagros: por su esencia: que consisten en hechos que no se dan en la naturaleza (transfiguración);

³² Cfr. R. Latourelle, *Milagro* en: R. Latourelle, R. Fisichella, S. Pie-Ninot, *Diccionario...*, o.c., p. 944.

³³ A. Lang, *Teología fundamental*, t. I., *La misión de Cristo*, Madrid 1966, p. 121.

³⁴ *Ibid.*, p. 124.

³⁵ Cfr. *Ibid.*

³⁶ *Ibid.*

³⁷ Cfr. Lang, *Teología fundamental...*, o.c., p. 124

³⁸ Cfr. *Ibid.*, p. 125-126.

por su sujeto: hechos que no tienen una explicación natural (la resurrección de un muerto); por su modo de realización: pueden ser producidos por la naturaleza, pero por el modo de su realización no pueden proceder de causas naturales (la curación repentina)³⁹.

La revelación es una intervención de Dios. El verdadero Dios es trascendente al universo e independiente de la naturaleza, naturaleza que es obra de Dios y depende de Él. Dios como Creador del mundo gobierna con su providencia, pero también puede cambiar el curso por sus intervenciones. Por eso hay que decir que todo milagro depende totalmente de Él⁴⁰.

Ahora bien, si los milagros son posibles, ¿tienen algún sentido? Dios puede hacer milagros, pero ¿tiene motivos para hacerlos? Todas estas preguntas y dudas tocan las posibilidades de Dios. Lang nos dice: *todas las objeciones que se han aducido contra el milagro, se fundan en el supuesto tácito de que los milagros deben servir a los fines del orden natural*⁴¹. Eso se refiere a que *las posibilidades de Dios* no se han terminado con la creación del mundo. El sentido y el fin último del milagro consisten en proclamar y testimoniar la existencia del orden sobrenatural de la salvación. Los milagros son signos, pero el autor subraya que el valor significativo del milagro no nace de su interior, sino que viene de fuera. Representa una llamada divina extraordinaria⁴².

Los milagros pueden ser de distinta naturaleza y realizarse en esferas diferentes. Sin embargo todos los milagros deben ser trascendentes por su causa. Solo a la transcendencia de su causa se debe que los milagros constituyan una llamada y un testimonio de Dios. Es común para todos los milagros que la intervención divina en el ámbito natural sirva de signo y testimonio de realidades sobrenaturales y de especiales designios divinos. Los milagros deben ser también trascendentes por su significado. Podemos conocer a Dios mediante hechos milagrosos, que tienen por autor al mismo Dios. Hay que recordar que los milagros no son hechos sin sentido. Se salen del orden natural para afirmar con fuerza en un plano superior la unidad y la armonía de la realidad total. Muestran el camino que conduce al orden superior de la salvación. Un milagro tiene fuerza demostrativa y obra como criterio de la revelación, cuando puede reconocerse con toda seguridad su carácter milagroso. Para entender bien un milagro con valor demostrativo, hay que subrayar:

- su verdad histórica: demuestra la realización efectiva del hecho milagroso para aquellos que no han sido testigos del mismo. El conocimiento de su realidad histórica tiene que apoyarse generalmente en el testimonio ajeno. Únicamente los milagros vistos por uno mismo pueden considerarse una prueba

³⁹ Cfr. Ibid., p. 126.

⁴⁰ Cfr. Ibid., p. 127.

⁴¹ Cfr. Ibid., p. 131.

⁴² Cfr. Ibid., p. 132.

intelectual poderosa. Todo testimonio verdadero brota de una experiencia inmediata.

- su verdad filosófica: el hecho milagroso no puede explicarse por causas naturales. El exacto conocimiento de la naturaleza sólo puede prestar un servicio auxiliar a la comprobación de un milagro, en cuanto excluye la posibilidad de una explicación natural;

- su verdad teológica: se debe tener la certeza de que Dios es autor inmediato o moral del hecho milagroso;

- su verdad testimonial: significa que el hecho milagroso se realiza para confirmar una revelación sobrenatural. La conexión entre el milagro y el testimonio existe en todos aquellos milagros que aparecen en la misma esencia o en los efectos religiosos y morales de una religión⁴³.

Lang nos muestra el milagro no sólo como un signo, sino como un criterio definitivo de la revelación.

Los milagros son hechos más o menos sorprendentes que están sujetos a diferentes interpretaciones⁴⁴.

Los milagros y sus dimensiones

José Antonio Sayés presenta en los milagros una dimensión apologética y una dimensión salvífica. Lo más interesante de su libro es el tratamiento de algunos prejuicios sobre el milagro. En primer lugar nos presenta la visión protestante. Expone la postura de Emil Brunner, que dice: *o fe o prueba; querer fundamentar la revelación es no saber qué es la revelación*⁴⁵. Para González-Faus, la dimensión apologética falsifica la fe, trasladándola al nivel del conocimiento científico y convirtiéndola en resultado de una prueba concluyente⁴⁶.

Hay que recordar también las palabras de Bultmann: decididamente no tiene ningún interés para la fe cristiana demostrar la posibilidad o realidad de los milagros de Jesús como acontecimientos del pasado; sería más bien un extravío⁴⁷.

Sayés presenta en los milagros una dimensión apologética y una dimensión salvífica.

Dimensión Apologética

A través de toda la historia del profetismo, el milagro es invocado para distinguir a los verdaderos de los falsos profetas⁴⁸. Dios hablaba a su Pueblo por

⁴³ Cfr. *Ibid.*, p. 132-145.

⁴⁴ Cfr. J. I. GONZÁLEZ-FAUS, *Clamor del reino*, Salamanca 1982.

⁴⁵ SAYÉS, *Compendio de Teología fundamental*, Palencia 1998, p. 271.

⁴⁶ Cfr. *Ibid.*

⁴⁷ *Ibid.*, p. 270.

⁴⁸ Así Elías, que resucita al hijo de la viuda de Sarepta y hace descender el fuego del cielo sobre el Monte Carmelo, da a conocer que Yahvé es verdadero Dios (Cfr. 1R 17, 17-24; 18,37-39)

medio de los profetas y con sus milagros y signos confirmaba sus palabras como palabra suya. Los milagros de Cristo testifican que es el enviado de Dios. Lo mismo sucede con los milagros realizados por los apóstoles: testifican la autenticidad de su misión⁴⁹. El poder milagroso de los apóstoles viene a ser un testimonio de Dios en favor de su misión⁵⁰.

Dimensión salvífica

Los milagros de Cristo tienen también un valor salvífico. Signo y obra (especialmente en san Juan) indican los dos aspectos fundamentales que presentan los milagros de Jesús. Como hemos dicho antes, el milagro como obra excepcional acredita a Jesús como Dios entre nosotros, pero al mismo tiempo es un signo por el que Dios interpela al hombre de cara a su conversión. Por eso el milagro tiene un significado profundo, como una invitación a la conversión. Los milagros de Jesús tienen siempre un contexto religioso como signos de la llegada del reino. Jesucristo ejecuta sus milagros en un contexto religioso y se niega de plano a realizar milagros donde no hay fe o falta disposición interior de conversión. Jesús no hace un milagro por el hecho de hacerlo. Necesita un clima religioso⁵¹.

Sayés aborda también la relación entre milagro y fe. Creer en Cristo no es sólo saber, no es sólo una afirmación, es también una adhesión que implica lo más hondo de la libertad humana. Aceptar a Cristo es renunciar a sí mismo, al propio orgullo, a la propia comodidad, a todo ídolo que nos impida adorarle. El hombre sabe por los milagros que Cristo viene de Dios; pero la fe implica una adhesión del corazón que, tras el pecado original, no puede darse sin la ayuda de la gracia. La aceptación de Cristo a través de sus milagros- según el autor- es un acto de fe, fruto del don de Dios que el hombre recibe como suyo por su cooperación activa⁵².

Los milagros como la credibilidad de la fe

Cesar Izquierdo afirma que el discernimiento del milagro se establecía clásicamente a partir de su *verdad filosófica* y de su *verdad teológica*. La verdad histórica es, según Izquierdo, análisis de la realidad del hecho prodigioso, relatado o contemplado por testigos. *La verdad filosófica se consideraba establecida cuando, por medio de un método racional, se concluía que el hecho prodigioso no formaba ni podía formar parte del conjunto de hechos naturales, y que exigía, por tanto, una causalidad supra-natural*⁵³. La verdad teológica del

⁴⁹ Cfr. Mc 6,20.

⁵⁰ Cfr. Sayés, *Compendio...*, op. cit., p. 281.

⁵¹ Cfr. Mc 6, 1-6.

⁵² Cfr. Sayés, *Compendio...*, o.c., p. 303.

⁵³ C. Izquierdo, *Teología fundamental*, Pamplona 1998, p. 400-401.

milagro deriva de un estudio en el que la causa supra-humana sólo podía ser Dios mismo⁵⁴.

La verdad teológica, puesta en duda por los contemporáneos de Jesús, no ha despertado especiales dificultades. Hay que subrayar que algunas propuestas tratan de trasladar al aspecto teológico del signo toda la realidad del milagro. Lo que importaría no sería tanto averiguar si se trata de un auténtico prodigio, ni siquiera si se trata realmente de un hecho histórico. La esencia del milagro es su significado salvífico⁵⁵. Todas las afirmaciones sobre la naturaleza y el significado del milagro, subrayan que el discernimiento del milagro no puede realizarse simplemente a través de la investigación del puro hecho físico, sino que, al mismo tiempo, es necesario prestar atención a su carácter de signo de salvación.

Una diferencia entre el signo que es el milagro y otros signos es que el milagro es un signo del poder misericordioso de Dios. Por este signo, Dios nos da a conocer su presencia de salvación. Izquierdo dice que entre los signos-milagros hay una gradación que va desde los signos con valor individual, que no son propiamente milagros, sino hechos o favores, hasta los milagros supremos⁵⁶.

Más adelante explica el *ordo naturae*, que es susceptible de un uso físico o metafísico. El sentido físico de la naturaleza es variable, y así, muchos hechos que hoy consideramos con razón como naturales, en otro tiempo no eran tenidos como tales. En este sentido no se puede descartar fácilmente el *todavía no* de las ciencias, que pueden llegar a conocer muchos de los enigmas actuales.

Queda, entonces, el sentido metafísico de naturaleza; pero en este caso – aparte de la posible discusión sobre el significado que haya que atribuirle – el concepto de naturaleza sólo sería operativo de cara a los milagros que superan la capacidad de todo lo creado, es decir, aquellos en los que se requiere una acción creadora: resurrección de un muerto, creación de materia, etc. Pero entonces – según Izquierdo – el concepto de naturaleza, tomado en ese sentido, ya no es válido para determinar la esencia del conjunto de los milagros, que ordinariamente no se sitúan a este nivel⁵⁷.

El autor dedica también una parte a la *transcendencia física*⁵⁸. Hay varias interpretaciones. Algunos autores (Dhanis, Sayés) piensan que el milagro va más allá de las leyes de la naturaleza. Otros, p. ej. Monden, Sesboüé, lo entienden como un poder de Dios, que no se constata, sin embargo, en un transcender

⁵⁴ Ibid., p. 401.

⁵⁵ Cfr. Ibid.

⁵⁶ Cfr. Ibid., p. 401-402

⁵⁷ Cfr. Ibid., p. 403.

⁵⁸ Por esa frase se entiende que el hecho va más allá de lo que es posible en la naturaleza, algo fuera de la naturaleza. (Cfr. Ibid., p. 403).

las leyes de la naturaleza, sino como una transcendencia semiológica. Niegan la transcendencia física reduciendo el milagro a su sentido salvífico⁵⁹.

Izquierdo trata también de la negación del milagro. La negación busca un apoyo en una argumentación, también negativa, sobre la historicidad de los relatos. Subraya que más radical es la negación de la posibilidad del milagro a partir de una idea de Dios al que resultaría imposible intervenir en la naturaleza material. En realidad, esta negación parte del equívoco de situar el milagro en el orden de la creación, como una especie de arreglo o reparación de los desperfectos de la propia naturaleza. Pero Dios está más allá de la naturaleza y en ella puede manifestar su orden de gracia, su poder. Por eso en el milagro hay una intervención de Dios⁶⁰.

Izquierdo subraya también la teología del milagro, como un aspecto de la revelación. Por el milagro, Dios se da a conocer. Hay así una función significativa y reveladora del milagro. El autor muestra los signos como:

- *signos del poder misericordioso de Dios*. Los milagros son signos de una intervención de Dios en el mundo. Esta intervención empieza con la creación del mundo y termina con la redención. Los milagros son siempre signos de bien, de un don de Dios, benéficos. Por ellos Dios restaura la condición interior del hombre⁶¹.

- *signos del reino mesiánico*, que ha llegado a los hombres. Las expulsiones de demonios y las curaciones son signos visibles de la salvación⁶².

- *signos de la misión divina*. El milagro es una garantía de la divinidad de una misión (p.ej. Moisés⁶³). El hombre necesita signos para creer, y por eso los milagros de Jesús son como signos de credibilidad⁶⁴.

- *signos de la gloria de Cristo*. Los signos proceden de Cristo y conducen al hombre a través de ellos a él⁶⁵.

- *signos de la salvación*. Nuestro autor subraya que los signos no sólo acompañan a la palabra, para confirmarla, sino que ellos son ya revelación.

- *signos escatológicos*. Todos los signos significan y anuncian las transformaciones del mundo. El mundo se transformará en un mundo renovado⁶⁶.

Izquierdo subraya que dentro de los milagros se halla la profecía. Hay que mirarla como un signo de revelación. Pero hay una diferencia. El milagro

⁵⁹ Cfr. Ibid.

⁶⁰ Cfr. Ibid., p. 404.

⁶¹ *para que veáis que el Hijo del hombre tiene poder de perdonar los pecados...* (Mt 9,1-8).

⁶² Cfr. Mk 1, 35-39; *Si expulso los demonios por el Espíritu de Dios, es que el Reino de Dios ha llegado a vosotros* (Mt 12, 28).

⁶³ Cfr. Ex 4,1; 14,31.

⁶⁴ *Al ver los signos de Jesús, muchos creyeron en él* (Jn 2,23).

⁶⁵ Cfr. J 11, 42.

⁶⁶ Cfr. Gn 3, 17.19; Rm 8,20.

tiene todos los elementos relevantes: se percibe directamente o se cree por los testigos; se acepta o no su significación. La profecía requiere la relación entre dos elementos: la promesa y el cumplimiento⁶⁷.

José Miguel Otero desarrolla el tema de los signos de credibilidad como una vía hacia la fe. Dice que la teoría de los signos aplicada a la credibilidad es la clave que permite mantener el equilibrio entre fe y razón. Dios invisible y trascendente al mundo sólo puede ser conocido por el hombre viador de modo indirecto, a través de signos. El reconocimiento de la revelación divina se lleva a cabo mediante una *economía de signos*, es decir, un conjunto de efectos creados que son capaces de llevar a la inteligencia al reconocimiento de Dios⁶⁸.

Esta economía del signo es plenamente acorde con la atmósfera de libertad que envuelve el acto fundamental de la fe. Dios quiere salvar a un hombre capaz de tomar iniciativas, pero no a un ser inerte. Es un hecho que el Evangelio que transmiten los Apóstoles se presenta acompañado de signos hechos por Dios, signos que caracterizan la voz de Dios y permiten reconocer que el Evangelio es la voz de la Verdad. La predicación del evangelio ha ido acompañada de signos que lo confirmaban⁶⁹, porque Cristo no sólo consuma la revelación en sus contenidos sino también en su operatividad salvífica ordenada a la fe salvadora⁷⁰.

El acento en la objetividad y racionabilidad de estos signos externos no debe hacer olvidar que el fin de la investigación de la credibilidad es esencialmente religioso: si el hombre quiere reconocer el testimonio divino es para creer a Dios y ser salvado. De ahí que el reconocimiento de los signos evangélicos esté en función del deseo esperanzado de los bienes celestes. La revelación es principalmente un mensaje de amor; por eso sólo el amor incoado permitirá reconocerlo fácilmente⁷¹.

La función de los signos de credibilidad de la revelación no es engendrar la fe, sino proporcionar un objeto exterior creíble que haga posible un acto de fe en Dios. Por eso no sería exacto afirmar que la investigación de los signos de credibilidad es la causa principal de la racionalidad de la fe. La fe es racional, antes que por su preparación, por su esencia: es un acto que afecta a la inteligencia creada por Dios en cuanto norma primordial de la verdad. La función de los signos de credibilidad no es tanto satisfacer las exigencias heurísticas de la

⁶⁷ Izquierdo, *Teología...*, op. cit., p. 408.

⁶⁸ Cfr. J. M. Otero, *Teología de la fe. Una aproximación al misterio de la fe cristiana*, Pamplona 1997, p. 162.

⁶⁹ Cfr. Mc 16,20.

⁷⁰ Cfr. DV 4.

⁷¹ La fe es creer de todo corazón (Cfr. Hech 8,37); es con el corazón con el que se cree (Cfr. Rom 10,10).

inteligencia cuanto determinar para ella un objeto material al que asentir: algo que creer⁷².

La credibilidad está íntimamente ligada a la fe. Como aclaran los discursos de Jesús, sus signos discriminan radicalmente a los hombres, porque llevan a preguntarse quién es Jesús, y a averiguar que es en Jesús donde se decide la salvación del hombre⁷³.

De una parte, los signos son una de las dimensiones de la razonabilidad de la fe. Los signos pueden preparar la fe en que Jesús es el Cristo y la fe en Dios, porque el hombre *ve la gloria de Dios* que resplandece en el signo (Jn 2, 11). Quienes asisten a milagros, como el de la resurrección del hijo de la viuda de Naín, *glorifican a Dios* y exclaman: *Dios ha visitado a su pueblo* (Lc 7, 16). Se observa a menudo en los relatos evangélicos que la contemplación de los signos es ocasión de un acto de fe casi inmediato⁷⁴.

Por otra parte, el signo revela el pecado de quienes no creen, pues es a Dios a quienes se resisten rechazando su testimonio. De modo que los signos hacen que la incredulidad sea injustificable objetivamente⁷⁵.

La credibilidad que prepara a la fe no es aún la fe; también la fe prepara la visión, sin identificarse con ella. La certeza humana prepara la certeza sobrenatural invidente y ésta la evidencia inmediata de Dios; la evidencia de la credibilidad sólo se consume en la fe, como la luz de la fe sólo se consume en la luz de la gloria. Los signos de credibilidad no son ni pueden ser el motivo de la fe; son incapaces de producir el acto de fe sobrenatural. La eficacia propia de los signos de credibilidad consiste en producir una certeza razonablemente suficiente para señalar cuál es la doctrina revelada auténticamente por Dios. Los signos de credibilidad proporcionan una certeza adecuada para discernir el origen divino de la revelación custodiada y propuesta por la Iglesia. Por el contrario, el único motivo de la fe es Dios mismo, su autoridad⁷⁶.

Aun cuando los signos lleven a Dios como Autor del Evangelio y así, indirectamente, establezcan la verdad de esa doctrina, éste es sólo un conocimiento indirecto de la verdad salvadora: se llega a saber que Dios existe y que es la causa proporcionada a éste y aquel efecto, pero no se llega a conocer la verdad de la doctrina por razones intrínsecas. Por eso el conocimiento por signos o indicios no es propiamente ciencia de la revelación. Los signos de

⁷² Cfr. Odero, *Teología de la fe...*, p. 163-164.

⁷³ Cfr. *Ibid.*, p. 165.

⁷⁴ Así en el caso del funcionario galileo a cuyo hijo cura Jesús desde lejos (Cfr. Jn 4,53); o en el de los pasajeros de la barca de Pedro tras la primera pesca milagrosa (Cfr. Mat 14,33).

⁷⁵ *¡Ay de ti, Corozain! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que se han hecho en vosotras, hace tiempo que habrían hecho penitencia en saco y ceniza* (Mt 11,21; cfr. Jn 15,24).

⁷⁶ Cfr. Odero, *Teología de la fe...*, p. 165-166.

credibilidad son signos *evidentes* y perfectos en cuanto señalan evidentemente que hay misterios revelados, pero no llevan a la realidad del misterio ni hacen evidente su contenido. Sobre este contenido no pueden proporcionar ciencia, sino sólo una opinión razonable y muy vehemente, que causa una certeza probable del misterio. Pero esa certeza no deja de ser mero conocimiento por conjetura. En definitiva, aun cuando el conocimiento de los signos de credibilidad engendrase una certeza muy grande, no por eso el acto de fe sería menos sobrenatural y libre, porque ni la voluntad del fiel ni la gracia divina quedan constreñidas de ningún modo por el conocimiento de la credibilidad⁷⁷.

Milagros, Cristología, Liberación

Los milagros de Jesús integran para Dumas en forma orgánica su vida, y sus enseñanzas, y la atención puesta en ellos permite iluminar la aparición del Reino de Dios entre los hombres. También pueden ser el punto de cristalización de una problemática teológica renovada. El lugar que ocupa el Evangelio no es otro que el lugar de la acción en la vida de Jesús. Querer abstraer a Jesús de sus milagros sería reducirlo al no-actuar; sería pretender el acceso a su personalidad sin aceptar que se revela a nosotros a través de lo que hace. Los milagros de Jesús son un capítulo de acción, en el sentido común de este término: lo que alguien hace, su trabajo, sus realizaciones⁷⁸.

Los milagros de Jesús son una fuente de liberación. El problema de las fuentes es capital en teología. La acción de Jesús debe ser escrutada con aplicación y amor, porque él es el Señor⁷⁹.

Los milagros de Cristo son portadores de liberación. Son las primicias de la liberación total conquistada por la Pascua del Señor. Los que creyeron los milagros de Cristo no comprendieron tal vez toda su significación, no supieron valorar todo su alcance. Los reciben como prueba de la transcendencia de Cristo y manifestación de su amor. Pero no destacaron su contenido mesiánico ni descubrieron su fuerza liberadora. Izquierdo piensa que la interpelación de los milagros en una línea de salvación total, inaugurada en la historia, resulta disminuida por el tratamiento que se les dio en la teología clásica. El binomio enfermedad-curación casi se borró ante el de pecado-gracia, que se supone que eso significa, de modo que la salvación perdió su base experimental concreta. Los milagros de Jesús habrían sido confiscados por la teología de los sacramentos antes de que hubiesen tenido el tiempo o la oportunidad de moldear para nosotros el rostro del liberador⁸⁰.

⁷⁷ Ibid., p. 166-168.

⁷⁸ Cfr. B. A. Dumas, *Los milagros de Jesús. Los signos mesiánicos y la teología de la liberación*, Bilbao 1984, p. 35.

⁷⁹ Ibid., p. 40.

⁸⁰ Cfr. Ibid., p. 42.

Los milagros pasan a un segundo plano en cuanto actividad y trabajo de Jesús. Podemos decir que la misma actividad de Jesús al servicio del Reino y de los hombres más necesitados se encuentra asumida en algo más profundo y esencial que la acción externa; la ofrenda de sí mismo, el amor hasta el extremo, la obediencia a la voluntad de Dios, el sacrificio perfecto atraen, dinamizan, asumen esta acción y le dan su valor supremo⁸¹.

Cuando analizamos la vida de Jesús, en primer lugar, se ve claramente que Jesús se vuelca hacia los pobres, la gente sencilla, los humildes, los enfermos, los desvalidos, los pecadores sin orgullo. Jesús se halla naturalmente en compañía del pueblo:

El Espíritu del Señor está sobre mí,
 Porque El me consagró.
 Me envió a traer la Buena Nueva a los pobres.
 A anunciar a los cautivos su libertad
 Y devolver la luz a los ciegos;
 A liberar a los oprimidos
 Y a proclamar un año de la gracia del Señor
 (...) Hoy se cumple esta profecía que acaban de oír.⁸²

Este es uno de los pasajes del Evangelio donde se expresa más claramente la misión liberadora de Jesús. El anuncio de la Buena Nueva a los pobres es ya el germen de la liberación integral, porque este mensaje contiene una fuerza explosiva, y porque trae una salvación que excede toda forma de liberación política⁸³.

Jesús experimenta que su acción es insuficiente para renovar al mundo, ya que muchos no creen en Él ni se convierten a pesar de los signos. Eso influye en su conducta, le hace descubrir otro camino, lo dirige hacia el misterio redentor que en su persona se debe consumir. Los milagros van a ser incluidos en la nueva orientación de Jesús hacia su Sacrificio. La misma actividad de Jesús al servicio del Reino y de los hombres más necesitados se encuentra asumida como algo más profundo y esencial que la acción externa: la ofrenda de sí mismo, el amor hasta el extremo, la obediencia a la voluntad de Dios⁸⁴.

La Buena Nueva del Reino es la acción de Dios que viene con potencia para salvar y liberar a su Pueblo. La salvación es la liberación de los enemigos, el perdón de los pecados, el servicio de Dios en santidad y justicia. Dios es el Todopoderoso a quien nada le es imposible: despliega la fuerza de su brazo para derribar todo poder humano soberbio y despiadado, y levantar a los hombres humildes y hambrientos. Así manifiesta su misericordia y se acuerda de su

⁸¹ Ibid., p. 47.

⁸² Lc 4,16-22.

⁸³ Cfr. Dumas, *Los milagros de Jesús*, o.c. , p. 68.

⁸⁴ Cfr. Ibid., p. 45.

alianza. El pueblo, consolado e iluminado, da gloria a Dios con alegría, mientras recibe el mensaje de paz.

Aquí podemos encontrar una ruptura entre Jesús y los judíos. Leemos en primer lugar que sus obras dan testimonio de Él (Jn 5,36; 10,25), manifiestan la verdad de lo que pretende ser: el Cristo, el enviado del Padre, el Hijo de Dios. Pero los judíos, aunque ven, se niegan a creer y permanecen ciegos. El pecado de los judíos y el pecado del mundo consisten en no recibir el testimonio de Jesús, aunque dicen que: *¡Jamás hombre alguno habló como éste!*⁸⁵

Como testigo de las obras de Cristo, el hombre se ve obligado a definirse, a amar a Cristo y el Evangelio o a odiarlo. Por la revelación del bien en acción, los hombres son interpelados en el curso mismo de su vida, sobre la cuestión mayúscula de su posición respecto al Bien y la Verdad. Las obras de Cristo, los milagros, instan a tomar partido en pro o en contra de él; condenan el pecado e instauran un mundo nuevo. Las obras de Cristo, cumplidas conjuntamente con el Padre, nos revelan el misterio interpersonal de Dios y construyen la obra de Dios. Las obras del Padre y del Hijo, las conocemos: Jesús sana a los enfermos, da de comer a la muchedumbre hambrienta, abre los ojos de los ciegos, resucita a los muertos. Estas obras son señales, y a través de las acciones concretas en las personas, Jesús anuncia la resurrección de los cuerpos. Jesús declara que sus milagros presentes preparan obras aún mayores⁸⁶.

Los milagros de Cristo aparecen ante todo como manifestaciones del poder y del amor de Dios salvador. En el contexto concreto del anuncio profético del Mesías y de su reino, significan que el Reino anunciado ha llegado finalmente y que Jesús de Nazaret es el Mesías esperado. Los milagros nos iluminan sobre la naturaleza profunda de su mensaje; son los símbolos del mundo de la gracia y de los sacramentos. Hay que subrayar que las diversas significaciones del milagro no son independientes unas de otras. Al contrario, cada uno de ellos implica a las demás, ilumina a las demás, y todas se comunican. Podemos apreciar cuatro funciones del milagro: comunicación, revelación, testimonio, y una función de liberación y promoción del hombre.

Funciones del milagro

El milagro entra dentro del mundo de los signos utilizados entre las personas para intercambiar y manifestar su intención. No es simplemente huella, vestido de una presencia o de una acción, sino que expresa intención de relación interpersonal⁸⁷.

⁸⁵ Ibid., p. 84.

⁸⁶ *Porque el Padre ama al Hijo, y le muestra todo lo que El hace. Y le mostrará aún obras mayores que dejarán os ustedes maravillados en extremo. Como el Padre resucita a los muertos y les da la vida, así también el Hijo da la vida a los que quiere...* (Jn 5,20-21).

⁸⁷ Cfr. Latourelle, *Milagros de Jesús y teología del milagro*, Salamanca 1990, p. 331.

El milagro ejerce una función de comunicación: manifiesta por parte de Dios su intención de entablar con el hombre un diálogo de amistad. En efecto, el hecho de que Dios intervenga en favor del hombre, para curarlo, para liberarlo, para devolverlo a su dignidad de hombre, no puede significar más que una benevolencia extraordinaria⁸⁸.

En el Antiguo Testamento los milagros del Éxodo son gestos de poder y de amor por medio de los cuales el Dios salvador vincula consigo a su pueblo con lazos de gratitud. La mayor parte de los milagros de Cristo son curaciones, es decir, gestos de misericordia, de bondad. Antes de cualquier mensaje particular, son palabras de gracia, expresiones de amor. Son algo así como el saludo amigable que dispone para el diálogo.

La primera función del milagro es de *comunicación*, con vistas a una comunión con el Dios de la salvación. El milagro se presenta como el acercamiento benévolo de Dios que sale al encuentro del hombre con un gesto de salvación, para disponerlo a que escuche su Palabra.

Latourelle afirma que por medio de la revelación el universo se ha convertido en lugar del encuentro inaudito entre Dios y hombre. Por la multiplicidad y la diversidad de sus formas, el milagro tiene la aptitud de sugerir la riqueza de aspectos de la economía de la gracia y de los sacramentos. De este modo, el alcance significativo de la analogía del milagro con el mundo de la gracia toma consistencia, se precisa y se enriquece. El mismo milagro aparece entonces como un elemento de la revelación, como portador de la revelación⁸⁹.

Por eso se habla de la función declarativa, expresiva, figurativa, simbólica, reveladora del milagro. El mensaje anuncia que Cristo ha venido a liberar, purificar, salvar al hombre. El milagro muestra esta palabra de salvación en ejercicio. El milagro es el reflejo, en el universo, del misterio de la salvación, la huella visible de la creación. Es un elemento del reino, una realidad dinámica que transforma la condición humana, y establece el señorío de Cristo sobre todas las cosas, incluidos los cuerpos y el cosmos⁹⁰.

Al subrayar de este modo la función reveladora del milagro, no hemos de olvidar, sin embargo, que éste no puede prescindir del mensaje que descubre, en términos claros, su sentido. Indica en efecto la insospechable novedad que está en el principio del milagro, a saber la presencia de Dios entre nosotros. Tan sólo el mensaje ilumina y precisa la dimensión del acontecimiento de la salvación en Jesucristo⁹¹.

Esta función del milagro está subrayada en toda la Escritura y destaca igualmente en toda la tradición cristiana. Podemos ver entonces el milagro co-

⁸⁸ Cfr. *Ibid.*

⁸⁹ Cfr. *Ibid.*, p. 332.

⁹⁰ Cfr. Latourelle, *Milagros de Jesús...*, op. cit., p.332.

⁹¹ Cfr. DV 2.

mo aval del auténtico mensajero de Dios, como el sello que pone la omnipotencia de Dios sobre una misión o una palabra⁹².

Dentro de esta función de testimonio, conviene sin embargo distinguir dos aspectos diferentes: la del simple profeta y la especialísima de Cristo. El primer caso es el del profeta. Supongamos que un profeta propone una doctrina religiosa como mensaje que viene de Dios. Podemos suponer que en la vida de ese hombre y en su enseñanza no hay nada que sea indigno de Dios; que ese hombre pide a Dios unos signos, que le acrediten como enviado de Dios; que realiza ciertos prodigios que merecen el título de milagros. Si semejantes milagros se producen son realmente signos de la aprobación en favor del mensaje que propone como divino. Dios no podría prestar el apoyo de su omnipotencia a un falso testigo, en una materia tan grave como la de la salvación de los hombres. De esto no se sigue que el milagro confirme como verdadera cualquier palabra que sale de los labios del profeta⁹³.

Muy diferente es la condición de Cristo. Él se presenta no solamente como enviado de Dios, sino como Hijo del Padre. Los milagros que realiza en su nombre propio atestiguan la verdad de su condición de Hijo enviado por el Padre. Los milagros y la resurrección de Cristo, el exceso de caridad manifestado por su pasión y por su muerte, constituyen un *testimonio divino* que *confirma la revelación*⁹⁴. Esta irradiación de la actuación de Cristo atestigua que él se sitúa, de verdad, en medio de nosotros como el Emmanuel, *Dios con nosotros, para arrancarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y para resucitarnos a la vida eterna*. El milagro confirma que el Evangelio de Cristo es verdaderamente *Palabra de Dios*⁹⁵.

El milagro se presenta como una intervención liberadora y transformadora de la condición humana. Es como una mano que se le tiende al hombre para acogerle y levantarlo. Jesús libera de la enfermedad, de Satanás y de todos los prejuicios que lo convertían en un *marginado*. El hombre es devuelto a sí mismo: recobra la normalidad de sus relaciones con los demás. Puede disponer de sí mismo, orientarse en la vida, decidir por sí mismo: es realmente *un hombre nuevo*⁹⁶.

El hombre es el primer beneficiario de la acción liberadora de Cristo. Ese hombre es en adelante capaz de comprender, más que cualquier otro, la novedad que trae la buena nueva del Reino. De este modo, no solamente el milagro trae al hombre la salvación total, sino que lo promueve, lo transforma: de un esclavo hace un discípulo de Jesús y un anunciador del Reino. Esta función de libera-

⁹² Cfr. Latourelle, *Milagros de Jesús...*, op. cit., p. 333.

⁹³ Cfr. *Ibid.*, p. 333-334.

⁹⁴ DV 4.

⁹⁵ Cfr. Latourelle, *Milagros de Jesús...*, op. cit., p. 333-334.

⁹⁶ *Ibid.*

ción y de promoción del milagro es capaz de impresionar al hombre de nuestros días que aspira invenciblemente a la libertad y al pleno desarrollo de sí mismo. El milagro interpela al hombre en el corazón de sus más profundas aspiraciones⁹⁷.

Por su función de comunicación, el milagro dispone para escuchar la Palabra de Dios. Por su función reveladora, visibiliza el Evangelio, hace presente el Reino en su acción de liberación y de restauración. En relación con la afirmación central de Cristo como Hijo del Padre, atestigua la autenticidad de la revelación que trae y de la que es él mismo el objeto. En fin, el milagro representa una liberación, una promoción, una transformación que es la figura del mundo que viene.

Conclusiones

La reflexión sobre el milagro nunca ha cesado en el ámbito de la Iglesia, y mantiene una presencia importante y significativa tanto en el campo dogmático, como en el terreno de los estudios bíblicos e históricos.

Dado su carácter trascendente y emergente respecto al orden natural de la realidad, el milagro es raramente considerado por la filosofía, aunque puede ser objeto, a veces con nombres distintos, de ensayos de pensamiento y humanísticos. Pero es evidente que el milagro solamente es plenamente comprensible para el pensamiento teológico, igual que únicamente puede ser reconocido como tal por las personas religiosas y creyentes.

El milagro es un hecho extraordinario de carácter plenamente cristiano, con una sólida prehistoria veterotestamentaria. Existe, un efecto, una patente continuidad entre los milagros del Antiguo Testamento y los del Nuevo. Ambos son obras divinas en las que se manifiestan el amor y la solicitud providente de Dios hacia su Pueblo, y a través de éste – Israel o la Iglesia – hacia toda la humanidad que sufre y mira con esperanza hacia el cielo. El milagro es siempre una respuesta divina a la oración confiada, si bien no faltan ocasiones en las que Dios toma la iniciativa, y se adelanta de manera inesperada, por así decirlo, a las expectativas de los hombres.

Todos los ensayos que se han considerado en este trabajo adoptan hacia el milagro una óptica teológica, es decir, no lo consideran bajo un punto de vista estrictamente apologético. Los aspectos probativos de la Revelación que la hacen creíble a una mirada racional, no se ignoran, pero quedan integrados dentro de una perspectiva más honda, que exige una interpretación teológica. Porque el milagro no es un hecho bruto de carácter ordinario, sino que necesita ser interpretado, y situado para su recta comprensión en un marco religioso y epistemológico más amplio.

⁹⁷ Cfr. *Ibid.*, p. 335.

La teología del milagro ha abandonado, por lo general, la tendencia metodológica a considerarlo como una violación de las leyes naturales. Se estima más bien por la mayoría de los autores, que el milagro supone una elevación de esas leyes. También la naturaleza material es susceptible de un régimen de gracia, que la desborda sin ignorar los principios creacionales que la rigen.

Se insiste generalmente en el carácter del hecho milagroso como signo, que apunta en una determinada dirección transcendente, y que sólo puede ser reconocido y comprendido en su intención divina por la mirada creyente. Por eso los milagros de Jesús se rodean con frecuencia de discreción y naturalidad, de modo que abren los ojos de los bien dispuestos, mientras que endurecen los corazones de quienes resisten las llamadas de la gracia.

MIRACLE IN THE CONTEMPORARY THEOLOGY

SUMMARY

The article, while trying to avoid any strait apologetic approach to the religious problem of miracle, considers it in the theological perspective. The theological interpretation seems to be necessary, as those aspects of the Judeo-Christian revelation that make it believable need to be integrated into a broader and deeper outlook, into a broader epistemological and religious framework for its proper understanding. The article consists of the following parts: "Voices of Dictionary", "Miracle as the Definitive Criterion of Revelation", "Miracle and its Dimensions", "Miracles as the Credibility of Faith", "Miracles, Christology, Liberation", "Functions of Miracle".

KEYWORDS: miracle, religious faith, Christian theology, Roman-Catholic Church.